LEON DE GREIFF Y AUGUSTO ROA BASTOS

Por GERMAN ARCINIEGAS

I

EN una especie de acto de contrición, Colombia celebra furiosamente —y descubre...— las excelencias de León de Greiff... al borde de sus ochenta años. León ha sido excéntrico por impulso natural, por vocación y por destino. Se ha movido desde antes de su nacimiento —por ancestro— dependiendo —y depender no es la palabra justa cuando se habla del más libérrimo de los poetas— de un eje que no es el de los otros, girando en otra órbita. Pero vivimos hoy en una edad excéntrica, y Colombia se mueve a la búsqueda de su León perdido. Con casi inexplicable unanimidad. La Universidad Distrital de Bogotá, inclinada hacia la extrema izquierda, ha promovido un vasto movimiento académico reclamando para él el Premio Nobel, que ya desde hace veinte años se había sugerido. La Universidad Nacional se prepara a una gran celebración para la fecha muy próxima de los ochenta años del poeta, y el rector, marxista de la más pura ortodoxia, ha invitado para este acto a Alejo Carpentier. Los jesuitas, que corren tanto o más que los marxistas, han impuesto en gran ceremonia, al candidato para lo de Suecia, la beca bartolina. El Colegio Alemán —quizás sabiendo que De Greiff y Hausler tiene ancestro alemán— lo ha llevado para que disfrute de un ambiente familiar, y vea hasta dónde se le admira —y ama— en la intimidad tedesca. En Cali, se le ha aclamado multitudinariamente. Naturalmente, León para quien el todo no vale nada, y el resto vale menos, asiste a estas ceremonias irónico y sonriente, sin perder en ningún instante ni la sorna, ni la burla, ni el desdén, ni el desequilibrio, pero complacido. Sabe muy bien que «candidato» viene de «cándido», y lo que puedan darle de sueco los suecos, él lo lleva en la sangre desde tantas generaciones como las que tenga por detrás el rey de Estocolmo, y más...

En todo caso, los colombianos se han acercado a León para que no se sienta solitario después de ochenta años de verlo hosco y fosco, huraño y apartado... sin caer en la cuenta de que él es un falso solitario. Cada cual tiene su mundo y dentro de ese mundo sus amigos, y quienes a estas horas están descubriendo la soledad de León ignoran que el mundo en que él vive es mucho más rico y selecto que el de ellos. Después de todo, cada cual hace su mundo a su imagen y semejanza, y como el hombre cualquiera se rodea de Pedro, Juan y Diego —su Pedro, su Juan y su Diego—... los contertulios de León, en su mundo, son Segismundo, Luis de Baviera, Poe, Whitmann o Bach. El se las sabe todas a «Ofelia» y a «Lady Macbeth». El reúne a sus títeres venidos de Siberia, de Ukrania, de Escandinavia o de las entrañas del Cauca, y en las noches de luna o de sin luna, cuando otros roncan, él está atento para abrir la ventana —no la puerta— a todas estas gentes que valen más que Pedro, que valen más que Juan, y montar con ellas su aquelarre de gran farra. Cuando termina la farra, y los búhos tienen sus ojos redondos más abiertos, llegan los músicos. ¿Quién, de todos los que piensan que León ha sido un solitario, ha tenido tantos músicos amigos como él? ¿De todos los tiempos? Desde el juglar hasta el último, siendo mejores los penúltimos... De ahí la sonrisa del falso solitario que, con orgullo y desdén su ser arropa... En el mundo maravilloso de León, la alta fidelidad existe, como no existe en el de los otros. ¿Cuándo una sombra le ha fallado a la cita? ¡¡Jamás!

II

Como historia, el doctor Francia ha sido un fracaso. Del gran bestiario americano debería surgir como el gran monstruo sagrado, correr legendario por romances populares, ser universalmente conocido como el más singular sujeto que haya engendrado nuestra América. Y nada. Las noticias de su vida casi no han llegado a la masa ilustrada. El metió al Paraguay en el fondo de un pozo profundo, ahí lo dejó, y ahí quedó él. De nada sirvió que Carlyle le dedicara unas páginas ni que Augusto Comte lo colocara entre las 365 figuras de su calendario positivista. El pozo era más profundo que estos accidentes. Una vez llegaron a Montevideo, Buenos Aires y Santiago tres enviados del Papa —entre ellos el futuro Pío IX— que quisieron pasar a Asunción. Les dijo el doctor Francia: Encantado: vengan ustedes, sin olvidar que quien entra al Paraguay ya no puede salir... Tan clara era la advertencia que, una vez, el sabio Bonpland, recogiendo plantas, pasó inadvertidamente la frontera, y ya no pudo regresar a la Argentina. Las cartas de Bolívar suplicando por su liberación apenas si las leyó Francia.

Quedándole demasiado estrecha la camisa de la historia al Supremo, Roa Bastos le ha ofrecido algo mucho más cómodo y desahogado: la novela. El Supremo ha pasado con toda naturalidad a gozar de este ofrecimiento. ¡Saldrá del pozo! Muy pronto su pálido rostro será el pergamino que todo el mundo tendrá a la vista. De ahora en adelante se contarán con regocijo general todas las historias que la historia dejó caídas en el pozo.

La tercera parte de este cuento está en la imposibilidad misma, para Roa Bastos, de meter en la jaula de su novela a un pájaro como el doctor Francia. También la novela es poca cosa para quien sujetó en su huesuda mano al más comunero de todos los pueblos de América. Francia redujo a una persona única todo el imperio jesuítico del Paraguay. Las generaciones y legiones de padres de la Compañía que, por más de un siglo, aislaron a los guaraníes del resto del mundo, haciendo a su manera una república comunista enclaustrada, quedaron convertidas en una sola ave negra silenciosa, gallinazo con garras de águila imperial.

Como el doctor Francia, Roa Bastos ha vivido en los oscuros laberintos subterráneos que nutrieron la filosofía del taita paraguayo. Como Francia tenía un criadero de ratones, Roa Bastos lo ha temido de palabras roedoras. Como el Supremo experimentaba con topolinos, el novelista fabuloso busca a cada palabra la contrapalabra, la dobla y la desdobla, la articula y la desarticula, usando siempre el lenguaje del siglo XVI, A. M. D. G.: la frontera entre las Misiones y el doctor Francia es más sutil que la que podría trazarse entre la colonia y la república. Y así, en esta novela única del Supremo que pasará a ser uno de los libros más originales de nuestro tiempo, Roa Bastos cada palabra que tiene la retiene, la contiene, la mantiene, la entretiene, la sostiene, boca arriba y boca abajo, a pelo y a contrapelo, como el Supremo con los ratones. Los ratones del Supremo, y de Roa Bastos, se llamaban Descartes, Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Aristóteles... Bartolomé Mitre...